



QUE ESCAPES DE AQUI!!!

La mentirita valiente

x Liv Schulman

La frase “Vivir del arte” es una especie de onomatopeya. Es la cosa que se te queda gastada en la garganta cuando tratas de explicar cómo construís una economía a fuerza de hacerle paralelismos a la actividad de ser artista. Puede ser un balbuceo en una mesa de restorán o un largo gemido imberbe en una reunión familiar. Es la onomatopeya que te infantiliza cuando te preguntan de qué vivís y es el grito de tu patrón interior desde su cueva lujosa.

Este año vivo del Estado Francés aunque me gusta decir que vivo del arte. Es decir vivo de una serie de euros que fueron concentrados para que jóvenes de varias partes de mundo se vayan a vivir a una residencia que en realidad parece un hospital donde me dan casa, taller y una plata por mes para que desarrolle “Mi Obra.” Pero a cambio dejé mi departamento en Buenos Aires, repartí todas mis cosas entre amigos y abandoné mi subjetividad. No me quejo, es el privilegio de vivir del arte. Las relaciones de poder se instalan en una. Se convierte el vivir del arte en una suerte de auto esclavitud, de viaje permanente. Este sistema me instala en un modo de pensamiento compulsivo, no quiero trabajar como hacía antes de profesora de francés y eventualmente de tallerista de liberación creativa y veo que se me acaba el lapso de la residencia. Así que imagino formas de seguir haciéndolo. Utilizo mi energía y capacidad de trabajo en empoderar nuevas instituciones mandándoles mi carpeta para que me sigan aceptando en otras residencias para seguir teniendo la plata que no sobra para hacer más arte. Eso conlleva mudarse todo el tiempo, y literalmente intercambiar vida por trabajo. Lo malo es que como usé todo mi tiempo haciendo las aplicaciones de las residencias (que igual me rechazaron) me queda poco tiempo real para hacer arte. Para conseguir la residencia en la que sí estoy traté de lucirme como una artista exitosa, no usé el estilo auto-victimizante que estoy usando en este texto. La residencia integró mi vida por completo, me dio casa, comida, taller, amigos y enemigos y compañeros, que son cuatro, por el período limitado de casi un año escolar. Le tengo una mezcla de resentimiento y agradecimiento. En un campus universitario pero encantador de tiernos colores tierra se concentran la escuela de arte y una serie de teatros y salas de ensayo alrededor de un puesto de control que es una torre erigida entre los diferentes edificios. Mi edificio es un antiguo convento, tiene un piso superior para albergar residentes ocasionales y en el último piso se instala nuestra casa. Consiste en cinco celdas donde antiguamente durmieron monjas, un living y una cocina. Del otro lado hay un gran taller para compartir.

Así lentamente se acerca el final de la residencia y aparece la pregunta “¿después qué hago?”. La respuesta ya la sé, pero no la quiero decir. Mientras tanto sigo postergando el problema y felicitando estructuras de poder que detesto. Última perversión de la institución europea: la institución no te da la plata propiamente dicha, pone a tu disposición una economía ya convertida a los márgenes apretaditos que ella misma propone, es decir: ella te saca los pasajes, ella te da un escritorio, te lleva de viaje, te presta un taller y una cama, ella te pone en una muestra, cuyo presupuesto es altísimo pero nunca va para vos y no te da ni un miserable besito de buenas noches. Es como una madrastra que te mira diciendo “¿y para qué más si acá tenés todo lo que querés?” Pero no hay manera de identificar lo que quiero. Cuanto más tiempo paso en la institución más pierdo el deseo. Y obviamente la plata y el deseo nunca sobran. Igual sigo por esta vía que es lo que aprendí que se llama el camino del éxito.

Una voz psicótica pero interior me anuncia que así estoy lejos de poder tener hijxs. La institución no lxs mantiene ni lxs incentiva. Me lo dijo mi tía hace unos meses cuando fui a visitar a mi familia en Israel. Y yo quiero, obvio, me quiero realizar como Una Madre Ambiciosa. Además no soporto la residencia, veo como mi cuerpo se moldea ante la arquitectura institucional ¡me siento en *Vigilar y Castigar!* ¿Entonces de qué me quejo? ¿De la inestabilidad del futuro? ¿Acaso no fue siempre así ser artista? ¿O la institución pone aún más de relieve la fragilidad de la economía? Investiguemos la posible economía de un ser artista: ¿es acaso un electrón libre completamente dependiente de las políticas neoliberales de un estado privatista? ¿Vende obras de arte? ¿Está en su casa angustiadx? ¿Se suscribe a un paraíso inmobiliario y se entrega a la compraventa y alquiler de inmuebles mientras finge un éxito comercial desbocado? Últimamente me convertí en una artista de la periferia en un país central, mi trabajo y mi economía que no parecen estar relacionados giran y giran alrededor de un centro invisible.

Lo de vivir del arte es algo que aprendí a decir y que considero la mentirita valiente. En realidad no vivo del arte, vivo de los excedentes del arte: la plata de los diferentes Estados destinados a sostener becas, la culpa internacional, una suerte de caridad ocasional, un viaje pagado por otra institución, la educación en el arte, ser educada en el arte o vivir educando el arte. Ergo, no es vivir del arte directamente. ¿Pero qué querría decir vivir del arte directamente? ¡Lo que genera estas periferias ES el arte! En algún momento entendí que para mí el arte y la entrada y salida de dinero se convertirían en dos flujos separados. Nada justifica una cosa por la otra. Nunca, ninguna cantidad es suficiente para cubrir la otra, ambas son valores tan bien estructurados como el sistema educativo francés y tan imaginario como los precios de la telefonía celular.



¿De qué viven los artistas?

x Julieta Mortati

Entrega #1 Fauna de Romina Paula.

Ceci pasó por casa, tomamos té con tostadas, hablamos de los cambios en la editorial, de los desencuentros amorosos con final feliz de la semana y pasamos a buscar a Nele. A Ceci hace casi un año la atropelló un auto así que se fue a sentar a las sillas porque los días de humedad le duele bastante la espalda. Con Nele nos sentamos en la tribuna y le di algunos tips sobre Barbieri, mi psicólogo, que se convertiría también en el suyo al día siguiente. La obra. Una obra en capas. Uy, esos besos yo también los conozco. Susana Pampin marcaría el registro del teatro, la clave de sol en ese pentagrama que se despliega y por el que suenan las otras melodías, los demás personajes. ¿Por qué en el teatro el registro es tanto más solemne que en el cine? Esa noche dice Rosselli por teléfono: “Es muy difícil llegar a la frescura de lo coloquial con un texto escrito que se repite cuatro noches seguidas a la semana. Eso es el teatro”. El final de la obra no corresponde y por eso es genial. Se apaga la luz y tenemos que aplaudir e irnos, demasiado rápido. ¿En el teatro no se podrían pasar títulos como en el cine para que el paso hacia la realidad -¿vamos a Chan?- sea un poco más natural? Si los actores tienen una técnica para sacarse a los personajes de encima, ¿cómo hacemos los espectadores para sacarnos las historias y acomodarnos en el cuerpo en el lugar que corresponda? Cuando se prendieron las luces, busqué a Romina, estaba al lado del iluminador con una camisa bordó que le quedaba hermosa, clásica. No miraba al público, sino que hablaba con el sonidista o el iluminador, como si hubiera que ajustar algo, la quinta pata al gato. Ella seguía trabajando. ¿Cuándo empieza y deja de trabajar un artista? ¿Qué se hace después de que te desdoblaste en cuatro? ¿Qué cuatro personas representaron lo que te pasó en un momento de tu vida? Cuatro cuerpos acaban de decir cuatro veces lo mismo desde distintas perspectivas.

Rapado de Martín Rejtman.

Maga me enseñó a bajar pelis. Me la bajé en minutos y la vi tirada en

la cama un sábado gris. La viví como un documental sobre la vida en los 90. Todo lo que está ahí, desapareció: los salones de video juegos -antes uno se encerraba estando con otros físicamente-, los colectivos trompudos, los pantalones rectos. Lo bueno de usar ropa de otra época es que su uso es irónico, un guiño hacia otro lugar, un juego y no carga con la convencionalidad -siempre ridícula cuando se la mira a la distancia- que lleva la ropa de moda que se usa en la misma época en que se produce. ¿Cómo tomarse a uno tan en serio, no?

En otro país de Hong Sang So.

Con Nele formamos una especie de comando cultural que vamos a ver los estrenos. Somos vecinas. Vivimos a siete cuabras, tenemos intereses muy similares, una textura débil, se nos ondula el pelo y hablamos con el mismo entusiasmo. Siento que somos la versión de lo mismo, pero al revés. Yo nací en Argentina y viví en Alemania con un alemán. Y ella nació en Alemania y vive en Argentina con un argentino. La pasé a buscar por su casa -ella suele estar más cerca de los cines que yo- y caminamos hasta el Village Recoleta. Nos hace bien caminar cuando la mayoría de las cosas que nos satisfacen las podemos hacer sentadas sin salir de casa. La entrada costaba 50 pesos, así que nos fuimos. Entramos al McDonald’s a ver si llegábamos al teatro. Ella agarró *El País*, le dije, “uy, nos lo podemos llevar” y cuando salimos, se lo había robado con la impunidad de un extranjero. Genial. Fuimos al centro, pero al teatro no llegábamos. Tenía antojo de medialunas y le propuse ir a tomar algo al recientemente remodelado bar *La paz*. Nada, los bares de Corrientes perdieron su identidad, así y todo nunca pisaré un *Starbucks*. Hablamos de la plata que se necesita para tener un hijo, de cómo sobreviven los artistas.

La libertad de Lisandro Alonso.

Le mando un mensaje por fbck a Nele diciéndole que tenemos que hacer la versión de *La libertad*, pero en la ciudad y que

Vivíamos lejos, en una chacra con mi familia. Como era lento la profesora me mandó a hacer talleres de plástica para darle más juego a la mano. Círculos, líneas, rayones y figuras que dibujaba toda la tarde mientras pensaba alguna de sus consignas. A la noche volvía a casa, no pensaba en arte era otra cosa. En mi vida desde chico siempre estuvo naturalizada la idea de “ir a las flores”. Las flores siempre estuvieron ligadas a mi familia porque mis padres eran floricultores. Además, fueron ellas -las flores- las que me llevaron al arte.

Mi viejo vendía la producción en una florería muy buena de Rosario que todavía esta, se llama Imperial. Ahí fue donde un pintor del litoral muy famoso llamado Ambrosio Gatti vio mis cuadros. Yo era repenajo, tenía 13 años. Me acuerdo que había unas pinturas de Neli Cortiso y mi viejo le comenta al florista “el también pinta flores” señalándome a mí. Entonces el florista pidió ver y mi viejo de mañana le llevó no sólo las flores sino también mis pinturas de flores. Ambrosio pasa por la florería le interesa lo que ve, inmediatamente pregunta que quién era ese pintor que lo quería conocer. Vamos con mi papa a lo de Ambrosio.

Ambrosio le habla todo el tiempo a mi padre y yo atrás escuchando. En un momento le pregunta algo sobre la técnica y mi papá levanta los hombros y me mira. No sé -dice- es él el que pinta. También tomé clases con Traficante. El hermano de la

crítica, un pintor abstracto un poco olvidado. Lo vi pocas veces pero me marcó. Siempre me proponía ejercicios intensos. Soy derecho, el me hacía pintar con la zurda. Me ayudó a salir de lo clásico rumbo a un lenguaje más moderno. Luego se murió. A la vuelta del viaje de egresados sentía una suerte de incompatibilidad entre mi parte pintor y mi banda de amigos deportistas y decido brusca-

mente dejar de pintar. Era el tiempo de decidir qué estudiar y sentía que la pintura era algo de viejos así que me anoté en diseño donde aprendí foto, video, herramientas que luego me servirían para repensar mi camino.

Al contrario de lo que muchos piensan, nunca me fui del campo. En una época alquilé un taller en Rosario pero no dejé de ir al campo, mis cosas estaban ahí. El campo se fue modificando mucho pero sigue siendo una parte importante de mi vida. Palpar la muerte como un cotidiano sino si fuese una ecuación extrañada pero real. Me acuerdo de haber ido al velorio de uno de mis vecinos que era en su misma casa y ver esa imagen de la muerte en el living: un cuerpo que celebra su despedida en el lugar donde vivió sus días. A veces me tocaba llevar tarjetas a velorios. Lo hice de pibe para sumar unos pesos en una florería nocturna. Había dos chances para las flores de la traspasada: maternidad o funeraria. A veces me tocaba llevar un ramo para el muerto: entrás en una escena del

velatorio, compartís ese dramatismo mientras buscás a la familia para entregarles un ramo con la tarjeta del que te mandó.

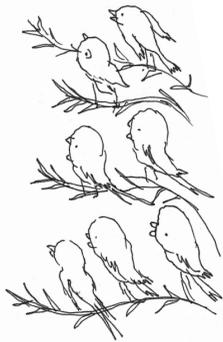
Todos los años mi papá y mi abuelo faenaban en el invierno y producían el alimento del año. Recuerdo cuando llegó el freezer, ése cuadrado gigante, cómo cambió la lógica... pero el invierno siempre marcaba un momento. A la vaca primero se le daba un masazo en la cabeza para que quede adormecida y después había que clavar un cuchillo grande en su corazón para que el animal se desangre y se termine de morir. Me acuerdo de mi papa llevando mi mano y la de él, clavando en el cuerpo del animal que estaba tonto como para que yo aprendiera qué era la faena. Su idea era que había que enfrentarse a eso. Mi abuelo era de los que le cortaban el cuello al pollo y lo dejaba que correr. Matar para comer. Cosas que hablan de otra lógica de la muerte, de la acción de sobrevivir. Y también, del delirio de mis parientes de comer lo que producían. Con mi hermano alimentábamos a los animales con pasto fresco, era nuestra actividad, darle de comer a cerdos, conejos y a las vacas.

¿Pensás que el premio Petrobras que ganaste se vincula con la elaboración de la partida de tu madre? Cuando muere mi mama y como muere de un día para otro, veo que la vida se termina tan

rápido como matar a un animal. Algo termina de golpe, ahí entendí la muerte real. A los pocos meses de que muere mi mamá dibujé esa obra.

Había pasado algo muchos meses antes, antes incluso de la muerte de mamá. Estaba haciendo en el taller unos videos con calamares y antes de irme colgué la bolsa con estos y basura en una de las puertas del taller. Mi taller en ese entonces tenía dos puertas. Era una vieja casa chorizo que compartía con un grupo de arquitectos y diseñadores. No sé con qué me distraje pero salí por la otra puerta y no sólo me voy sino que vengo para Buenos Aires unos días. Eso fue un viernes, el lunes cuando mis compañeros de taller llegan sienten un olor muy sacado y a medida que se acercan a mi taller es peor y peor. Se asustan cuando observan que de la mirilla de la puerta salen unas mosquitas muy chiquitas. Piensan que yo estoy muerto. No se animan a llamar a la puerta o llamar a mi casa. Finalmente logran tirar abajo la puerta. Cuando llego yo siento aún el olor nauseabundo pese a que mis colegas se han deshecho de todos los resabios del calamar. Me ven y me quieren matar.

Con la muerte de mi mama empiezo a frecuentar el cementerio y percibo ese mismo olor. Ese olor a algo podrido. Mi autorretrato, la obra con la gané el premio no es una cita, es una anécdota que une de una manera inesperada un olvido con un sentimiento de falta muy fuerte.



SI PIENSO ALGO DEBO HACERLO HASTA LAS ULTIMAS CONCECUENCIAS